

Tomás y la comezón

Renato Aguirre

4ºC



Una tarde del lunes 16 de abril de 2020, en el pueblo de Huasco, estaba la abuelita Miriam con su nieta Gabriela, que era una niña muy amorosa, alegre y le encantaban los animales. A ellas les gustaba compartir, sobre todo tomarse un jugo en la terraza de su casa hermosa, donde había muchas flores, hartos animales y demasiados árboles frutales. Justo en ese momento donde las dos reían de las aventuras que le contaba la abuelita Miriam a su nieta, al frente de ellas apareció de pronto un fauno. Tenía la parte de arriba de un hombre y la de abajo como un caballo pequeño y sus patas eran de color gris con pintas negras.

Entonces muy preocupada y asombrada Gabriela llamó por teléfono a su primo Oscar, que además era veterinario y el más querido del pueblo por ser amable y cariñoso con los animales.

Dado que el fauno llegó solo, Gabriela decidió que sería su mascota y llamó Tomás. En unas horas, llegó a la casa de la abuelita el veterinario Oscar. Lo examinó y le dice a Gabriela que está bien el fauno, pero empezaría con una comezón en sus orejas, porque era parte de su crecimiento. Oscar le dice que sería muy peligroso si las personas se acercaban al fauno mientras estaba con la comezón, por se podían contagiar y no había cura para los seres humanos.

Entonces, el único remedio para evitar que la comezón no durara muchos días y crecieran bien sus orejas, le recomendaba la pócima de la alegría.

Gabriela empezó a anotar como debería preparar ese especial remedio. El fauno se quedó en el patio de la casa acompañado de los otros animales.

A la mañana siguiente, el fauno Tomás comenzó con esa picazón. Le molestaba tanto que empezó a aquejarse, era muy desesperante que ni siquiera podía estar acostado en pasto, sino que caminaba para un lado y otro. Gabriela despertó de lo fuerte que el fauno se expresaba de esa comezón.

Se levantó, se fue al patio a buscar las hierbas que eran los ingredientes de la pócima de la alegría. Entró el orégano, manzanilla y menta, se fue a la cocina para prepararla. Esperó unos minutos, se la dejó al fauno en su plato de comida, porque ella no podía acercarse o si no se contagiaría.

Finalmente, Gabriela lo observó por la terraza, se puso feliz porque la pócima de la alegría había resultado, ya que el fauno Tomás no se rascaba sus orejas, corría por el patio junto a los perros, gatos y caballo que vivían en la casa de la abuelita.